

Sobre el Club de lectura

Mariana Matás Moreno
Miembro del Club de Lectura

Desde el principio me pareció la idea muy interesante, siempre me ha gustado leer, aunque la verdad es que no tenía muy claro qué era exactamente eso de un Club de Lectura. Me imaginaba que se trataba de un grupo de personas que se reunirían, elegirían un libro para leerlo y después se volverían a reunir para, una vez leído, comentarlo.

Personalmente, me había aficionado a leer muy pronto. Mis primeras lecturas, como las de tantos niños, fueron los tebeos. Recuerdo que cada sábado mi madre me daba tres pesetas para que pudiera comprar un ejemplar de TBO. Un ejemplar que yo devoraba inmediatamente. Lo solía comprar en un kiosko que estaba cerca de la Plaza del Trabajo y como no podía esperar a llegar a mi casa para leerlo, me sentaba un rato en el Jardín de Capuchinos. A veces, cuando me levantaba del banco del jardín, ya me había leído el tebeo, que de todas formas yo volvía a leer una vez y otra, durante toda la semana, hasta el siguiente sábado. De esta manera pasaron a formar parte de mi vida la Familia Ulises, Melitón Pérez o los inventos, que aún hoy al recordarlos me hacen sonreír, del profesor Franz de Copenhague. Después, cuando se abrió la Biblioteca Municipal, en el nuevo edificio de la Plaza San Roque, comencé a leer libros de todo tipo. Fue una época en la que leía todo lo que caía en mis manos, igual podía tratarse de *Diez Negritos* de Agatha Christie que de *La España Invertebrada* de Ortega y Gasset. Recuerdo que tenía, para la casa, una bata acolchada con unos bolsillos muy grandes, en los que llevaba a todas partes el libro que en ese momento estuviera leyendo. Así se me podía ver leyendo de pie en mitad del pasillo o apoyada en el quicio de la puerta del salón. La lectura era mi isla desierta, allí me podía aislar por completo, ajena a todo lo que sucedía a mi alrededor, no oía ni veía nada, aun cuando estuviera rodeada de gente. Con los años fui seleccionando mis lecturas, descubriendo mis autores favoritos y los géneros literarios con los que me sentía más cómoda, que además, tanto unos como otros, han ido cambiando a lo largo de mi vida. Y, aunque aquella isla desierta hace mucho que está habitada, nunca he dejado de leer.



Fragonard, *La lectora*, 1770-2.

La Sociedad de Amigos de la Cultura habló con Mercedes Junquera para que fuera ella la persona que dirigiera el Club, una persona encantadora además de disponer de un bagaje intelectual sobradamente conocido que no voy yo a descubrir ahora, y Mercedes aceptó el encargo y el Club se puso en marcha.

La primera reunión fue en la Posada del Conde, su propietario, amablemente desde entonces, nos viene prestando cada primer jueves de mes uno de sus acogedores salones para realizar estos encuentros. Allí estábamos al menos veinte personas, cada una de ellas habíamos confeccionado una pequeña selección de libros para elegir, la que iba a ser, la primera lectura del Club. Después de muchas vueltas se decidió que esa primera lectura fuera una novela, *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel. Y nos "autoconvocamos" para el primer jueves del mes siguiente, a las ocho de la tarde en el mismo sitio. Traeríamos leído el libro y lo comentaríamos.

Pasó el mes y tengo que decir que yo me había leído el libro en dos ratos, pues se lee fácil y resulta muy ameno, de modo que cuando se acercaba la fecha de la reunión tuve que volver a leerlo para refrescar la memoria. La verdad es que no me había gustado especialmente, me resultaba demasiado empalagoso aquel modo de tratar el tema del amor y aquellas alusiones continuas a recetas de cocina no me acercaban nada al mensaje que trataba de enviar la novela. Pero, en torno a una mesa redonda, el día acordado, dio comienzo la reunión del Club de Lectura. Mercedes, con sus preguntas y sus comentarios sobre el tema de la novela, sobre sus personajes y las relaciones entre ellos, fue abriendo el debate y nos fuimos animando a intervenir, desmenuzando el contenido del libro. En cada uno de nosotros el libro había despertado diferentes sensaciones, algunas incluso contrapuestas, la relación de los personajes entre sí suponía para cada uno de los presentes reflexiones distintas. Además, fueron saliendo temas colaterales con lo que el coloquio se fue haciendo más intenso. Como se suele decir, se habló de lo humano y de lo divino. Nunca me podía haber imaginado que aquel libro pudiera dar tanto de sí, yo que no había sido capaz de captar los matices, de los que, sin duda, para mi sorpresa, estaba llena aquella novela. Fueron dos horas que se me pasaron sin sentir. Había de nuevo que elegir un libro para la siguiente reunión, en esta ocasión sería *La Sombra del Viento* de Carlos Ruiz Zafón.

Fue, volviendo a casa, cuando me fijé que resultábamos un grupo variopinto. Las edades podían estar comprendidas entre los treinta y cinco y los sesenta y cinco años, de diversas profesiones, mayoritariamente quizás, maestros, pero también, por ejemplo, amas de casa; con distintos niveles de estudios y con distintas creencias e ideologías, incluso distintas nacionalidades. Lo cual hacía lógica la diversidad de pareceres como era evidente la diversidad de vivencias de cada uno de los componentes del Club. Para cada uno de nosotros la vida a la que nos enfrentábamos era diferente y diferente era también nuestra trayectoria personal. El color del cristal por el que veíamos era distinto, así, cuando leyéramos un libro, no importaba cuál, resultaría también distinto. Cada uno de nosotros resaltaría aspectos diferentes de esa misma lectura. Luego, cuando comentáramos entre nosotros lo leído estaríamos releendo, aun siendo el mismo, un texto distinto, el leído por el otro.

Después de estos primeros libros vino *El Quijote* de Miguel de Cervantes, era el cuarto centenario de su primera publicación y una extraordi-



Corot, *Mujer leyendo*, 1869.

na ocasión para volver a leerlo o para no dejar de leerlo, según cada cual. Continuamos leyendo mes a mes: *Un Milagro en Equilibrio* de Lucia Etxebarria, *Memorias de mis Putas Tristes* de Gabriel García Márquez, *Seda* de Alessandro Baricco, *La Velocidad de la Luz* de Javier Cercas, *La Voz Dormida* de Dulce Chacón y hasta ahora, el último título, es *El baile de las abejas* de J.F. Guerrero López. Es obvio que impera la diversidad, aunque ahora que observo los títulos puedo ver que solo hemos leído novela, no obstante, estoy segura que surgirán otros géneros literarios, el camino recorrido es todavía corto.

Evidentemente, he disfrutado más con unos títulos que con otros, me refiero cuando he leído yo sola, en mi isla. Pero lo que aprendí desde la primera puesta en común con el primer libro del Club de Lectura es que es toda una experiencia, para mí, nueva, eso de leer con los ojos de los otros, te ayuda a comprender y a respetar las ideas de los demás, te haces más tolerante, un ejercicio que deberíamos poner más en práctica, aprendes a escuchar y, por supuesto te enriquece. Creo que no soy la única persona, de las que acudo asiduamente al Club, que tiene esta opinión, a veces, hemos llegado a reunirnos hasta treinta personas y cuando somos capaces de sacar tiempo de nuestras ajetreadas vidas para dedicarlo a estos encuentros con la lectura es que algo nos llevamos a casa que nos reconforta y que nos hace volver.